

Julio Saavedra Molina

Versos agónicos

En recuerdo de Unamuno y de su *Agonía del Cristianismo*, y en homenaje a D. Armando González Rodríguez, autor de *La crisis de la fe religiosa*.

I.—CONFESION

—¿Dónde está Dios? —En el Cielo, en la Tierra y en todo lugar. (*Catecismo*).

El corazón es el que siente a Dios y no la razón. (PASCAL).

Te he buscado, Señor, por cielo y tierra;
desde el trópico ardiente al polo helado,
y en las constelaciones te he buscado,
y en todo, todo lo que el mundo encierra.

Cuando en la noche la tiniebla aterra
y cuando ríe el alba te he buscado...
desde hace mucho tiempo... ¡Y no te he hallado!...
Y, pensativa y triste, mi alma yerra...

La huella de tus pasos no es visible;
y la razón, tu obra sorprendente,
del dogma muestra la endeblez risible.

Sin embargo, mi Dios, Tú estás presente,
augusto y paternal, . . . ¡en mi conciencia!
cuando el dolor agobia mi existencia . . .

Y entonces, ya no busco ni porfío;
¡sólo atino a llamarte: «Señor mío»!

II.—RAIZ DE AMARGURA

Y vió Dios que (lo creado) era bueno.
(Génesis).

Tanto es amarga, que poco más lo es
la muerte. (Dante, *Infierno*, I).

Theögnis y la Biblia lo dijeron otrora:
—La vida, si es consciente, don diabólico ha sido;
y el mayor bien que aguarda al mortal que ha nacido
es volver a la nada, sin ver la nueva aurora.

La Öbra no es de un dios. Bajo el sol, lo que mora
es todo vanidad, impulso sin sentido.

Si la verdad te arredra, presta a Khayam oído:
—Un cántaro de vino del sueño el ala dora—.

No obstante, también puedes en la filosofía
un opio hallar, más agrio; gozar con la Belleza,
deleitarte en el Bien, y con luz de agonía

perforar las tinieblas de la naturaleza.
Mas, endulzar la hiel es vano que se intente:
¡que la muerte es traición que el corazón presiente!

III.—AMIEL, AUTOR DEL «JOURNAL INTIME»

Tiene el corazón razones que la razón
no conoce. (PASCAL).

Tu libro retrataba en su forma primera
a un hombre angelical, con el perfil de un justo;
un Marco Aurelio amable y un Pascal adusto,
embobado en mirar su sombra volandera.

Pero alguien divulgó tu confesión entera;
y un hombre ¡como todos! pecador e injusto,
de tu Diario se alzó.—Y ahora, con disgusto,
borrar de mis recuerdos tu perfil quisiera—.

Mis encontrados sentimientos analizo . . .
¿Qué he ganado?—¡Librarme de una gran mentira!...
Y aunque la edad me ha vuelto adorador macizo

de la Sinceridad, el sentimiento tira
con fuerza de corcel hacia el divino hechizo
del Bien.—Y amar no logro lo que el juicio admira.

IV.—ORACION, ANTE LOS RETRATOS DE MIGUEL
DE CERVANTES Y RUBEN DARIO

La Gloria es sierva tuya, ¡sublime Cervantes!
En la escuela te alaban millones de infantes,
y en el rincón más tibio del hispano hogar
tu rostro venerable es santo de un altar.

¡Oh, maestro del habla de veinte naciones,
de la risa señor y de los corazones,
porque el Genio es quimera y quimera es el Bien
molido fué Quijano el Bueno y tú también!

«El alba de oro» es tuya, ¡Oh, insigne Darío!
Con tu nombre la gente hace ya vocerío.
¿Qué sarcasmo juntó tu vivir de dolor
y tu verso gemado en musical rumor?
Aterrados te oímos que el lobo tenía
horrorosos motivos de huir nuestra vía;
y, porque el ser es triste y más triste el no ser,
a veces, como tú, lloramos sin querer.

En ánforas nos disteis rosas perfumadas
que han vuelto nuestras vidas menos desoladas.
Sangraba vuestra mano esculpiendo el joyel;
y vuestro corazón, al latir dentro d'él,
sublima nuestro barro y nuestro pensamiento;
mas, ¿qué ganó vuestra alma en el alumbramiento?
Sufristeis desnudez que no hiela al lector;
¡vuestra carne tan sólo se crispó al dolor!

Santiago de Chile, 1944.